

González Casanova, Pablo, *Los militares y la política en América Latina*, México, Océano, 1988, 118 p.

Amando Arroyo Esquivel

Desde sus cuarteles al frente del gobierno los militares hacen política. Varía dependiendo de la fuerza que tenga la coalición hegemónica a la que pertenecen y de su estrategia para tomar el poder o dejarlo. Las variaciones de su política también obedecen a la eficacia de los aparatos de mediación existentes y a la importancia que el Estado trasnacional le otorgue al país. En cada país latinoamericano se da una articulación especial de alianzas, mediaciones y negociaciones en la que la interacción entre oligarquías, sociedad civil, gobierno, militares y capital trasnacional son los sujetos participantes. En este marco se define la dinámica de transformación de las relaciones de poder, pero siempre resulta que los militares quedan al servicio de los grupos dominantes. De ahí la necesidad de que las fuerzas armadas sean expresión de la fuerza de la mayoría. Así lo señala Pablo González Casanova en su ensayo *Los militares y la política en América Latina*.

En este breve libro además de desglosarnos la especificidad de las alianzas que se dan en cada país (de los 22 que comenta), exhibe y nos recuerda la permanente presencia de los Estados Unidos detrás de los militares latinoamericanos (con excepción de Cuba y Nicaragua) y sobre todo, pone de manifiesto

la capacidad de readaptación y reforma del Estado trasnacional. Renuente a morir es capaz de impulsar a las oposiciones extremas, convivir y coactuar con ellas y ceder espacios. Se auto-reforma y se transfigura. Cada país es una experiencia y una enseñanza. Las fuerzas democráticas deben estar atentas para asimilarlas y enfrentar al enemigo. Los militares y el Estado trasnacional ya lo están haciendo; en cada país suman experiencias e innovaciones que incluyen y combinan para aumentar sus artimañas de sobrevivencia. Su capacidad de readaptación parece no tener límites. Y como para los militares, de acuerdo con lo que demuestra el autor, los mejores tiempos son los de crisis, en nuestros días los civiles debemos estar pendientes del comportamiento de ellos, tenemos la necesidad de analizar las posibles "jugadas" y "enroques" de que se puedan valer las fuerzas armadas. Ellas esperan. Asimilan. Planean.

Bajo estas circunstancias y ante un contexto en el que la democratización de América Latina se ve amenazada por la crisis que generó la deuda externa, urge saber en qué coyunturas resurgen los militares y cómo se puede enfrentar. Esta es una tarea para los científicos sociales y un compromiso para quienes luchan por la democracia. Tal es la

preocupación de don Pablo González Casanova en el libro que aquí reseñamos. Para él la salida de la crisis se encuentra en un proyecto que de una alternativa democrática y popular a la crisis. De lo contrario únicamente se conseguirán alivios temporales a ella.

Probablemente los señalamientos anteriores por sí mismos ya inviten a la lectura de este ensayo que, sin afanes profetizadores, en poco tiempo se volverá un clásico. Sin embargo, para abrir un poco más el interés del lector expondremos a continuación algunos de los puntos que aborda.

Las estadísticas y los golpes de Estado

Estadísticamente los golpes militares y las intervenciones extranjeras expresan un carácter cíclico. Aumentan en los periodos de depresión y crisis económica y en los albores de las guerras. Se demuestra que no tienden a desaparecer y que proliferan para aprovechar las crisis y concentrar el capital, o bien pueden surgir para preparar la guerra y la contrarrevolución. Los golpes de Estado, enfatiza González Casanova, favorecen, sin duda, el control y la explotación de las clases subalternas. Históricamente así ha sucedido.

De ahí que deban considerarse como fenómenos más amplios que las luchas personales por acceder al poder. Su interpretación debe incluirse en el marco de la lucha interna de las oligarquías por obtener el poder económico, militar y político y constituirse como grupo hegemónico.

Algunas cifras que se muestran en el ensayo causan asombro. Haciendo una estadística histórica que abarque de la independencia de cada país latinoamericano hasta el último día de 1984, obtenemos los siguientes resultados: hubo un mayor número de gobiernos militares y su duración también fue mayor en comparación con los civiles. Es decir, de los 1763 gobiernos que contempla dicho periodo, el 44.8% fueron militares y el 38.4% civiles; por duración los militares también predominan pues gobernaron el 47.6% y los civiles un 42.5%.¹ Los números no mienten.

Tanto las técnicas como las tácticas de los golpes de Estado han cambiado. Con el tiempo se han ido sofisticando, de igual forma que los métodos de dominio, el proceso de aprendizaje de los dictadores se ha ido modernizando. Este proceso considera el autor que puede clasificarse en cuatro etapas, que comprenden desde 1800 hasta nuestros días. La primera etapa que termina en 1880 se caracterizó por carecer de gobiernos estables y porque fue cuando los militares comprendieron la importancia de, para gobernar, hacer alianzas con los grupos económicos importantes (oligarquías, burguesías, potencias).

Durante la segunda etapa que llega hasta la Segunda Guerra Mundial se configura el perfil de los dictadores que llegan a la actualidad. Estos se convirtieron en instrumentos para el establecimiento del neocolonialismo. Aquí los regímenes militares

fueron esenciales pues mediaron un Estado que no estaba gobernado por un ejército o una burguesía netamente colonial. Tales regímenes representaban un acuerdo para el control entre burguesías locales y extranjeras. Las principales novedades o aportaciones a las técnicas del golpe de Estado fueron la profesionalización del ejército y el uso de la política de masas. Ideológicamente comenzaron a apoyarse en el progreso y la modernización.

De 1948 a 1958, periodo de la tercera etapa, se estructura el panamericanismo y con él una dependencia que fusiona bajo el liderazgo de los Estados Unidos a los ejércitos y empresas nacionales y trasnacionales. Defender la democracia y la ayuda militar contra el comunismo fueron los argumentos principales que, bajo la máscara de la "cooperación", le permitieron a Washington penetrar e integrar pacíficamente la periferia latinoamericana.

En la última etapa, que todavía no termina, los dictadores son entrenados profesionalmente para tomar el poder y para la guerra interna. Con el entrenamiento se identifican ideológicamente con los "valores occidentales". En este periodo la principal innovación es que a la policía se le considere como la primera línea de defensa contra la insurgencia.

Como puede verse en estas etapas² la experiencia histórica fue incluyendo elementos que amplificaron el sistema de dominación y las técnicas del golpe de Estado de tal forma que a la simple seguridad del Estado se le aunó el anticomunismo, a éste se sumó el anticastrismo y el conjunto se permeó con una filosofía de la seguridad nacional.

² Si se quiere abundar en las características de estas etapas véase "Variaciones históricas de caudillos y dictadores" en el libro que aquí presentamos, pp. 15-21.

Con lo que se ha mencionado aquí es ya evidente que el imperialismo usa el poder para hacer más poderosas a las empresas y que su vínculo con los golpes militares tiene un objetivo: conformar un ente funcional con las empresas y los Estados trasnacionales, convertido por la *manu militari* en tirano trasnacional. Antes de continuar es conveniente preguntarse ¿cuáles son las características del tirano trasnacional pues parece que es la síntesis de militares y empresas trasnacionales?

El tirano trasnacional

En el Estado trasnacional la política de los militares varía en función del peso que tengan las empresas trasnacionales y el capital asociado en la economía. Dicha política también se ve influida por la magnitud del apoyo o rechazo que reciban de parte de los gobiernos, los partidos, los sindicatos y las burocracias civiles. A los militares se les considera en este libro como el complemento del modelo neoliberal. Tecnócratas y militares son los encargados de hacerlo funcionar. Una cita que hace González Casanova de Robert S. MacNamara ilustra con claridad la importancia que para Washington tienen unos y otros: "no necesito insistir en la necesidad de tener en puestos de liderazgo a hombres que tengan un conocimiento de primera mano de cómo los norteamericanos hacen las cosas y cómo piensan. Tener tales amigos en tales hombres no tiene precio". De una forma muy simple la complementación estaría dada en los términos siguientes: si alguna razón exógena impide que el libre mercado sea la clave para el "bienestar" de la población, entonces emerge el autoritarismo que elimina a tales elementos. Cabe recordar que en la concepción neoliberal

los agentes exógenos son los actores sociales.³ Es por ello que a los movimientos populares, rebeliones, revoluciones, etc., se les considera exportados por los soviéticos o los cubanos.

Militares y tecnócratas hacen una mancuerna de poder perfectamente estructurada. Sus objetivos son comunes. Sus concepciones en cuanto al capital trasnacional y la represión son las mismas en unos y otros. Con ellos el imperialismo logra conformar un dominio que escapa a las fronteras nacionales y que al mismo tiempo se ubica en el seno de los grupos hegemónicos de los países en que actúa. Ante las presiones de estos grupos el Estado se reconstruye. En lo económico, sienta o consolida las bases para el óptimo aprovechamiento de los recursos del país por parte de las empresas trasnacionales y se le hace totalmente compatible con el proceso trasnacionalizador. En lo político, asume una posición netamente autoritaria con la cual se "tiende a reducir al Estado a una función policíaca contra la población nacional para dar libertad de acción a las grandes empresas trasnacionales y a sus asociados locales".⁴ Así el autoritarismo surge, afirma González Casanova, como respuesta a las presiones de la sociedad, en tanto los intereses políticos y económicos se fusionan bajo la égida de lo trasnacional.

Una de las consecuencias que se mencionan en el libro, de rechazar los fenómenos político-sociales es que, además de actuar autoritariamente, el Estado busca aniquilar los logros democráticos alcanzados, ataca las reformas sociales y a las organizaciones que en un tiempo per-

mitieron la obtención del poder. Es decir, el Estado se transforma en antipopulista y contrarrevolucionario.

Sabemos, con la certidumbre que concede la historia, que la contrarrevolución sólo vence cuando divide. Por tal motivo, siempre es conveniente tener presente su regla de oro: a mayor debilidad, mayor agresividad. En el nivel de los movimientos políticos esto es singularmente importante, ya que en la medida que los nuevos movimientos surgen de los sectores medios y no tienen un carácter ni anticapitalista ni socialista, sino simplemente antiautoritario, es que con estos movimientos pueden debilitarse a las fuerzas más progresistas y de izquierda. No debe extrañar, pues, que bajo alguna coyuntura específica dichos movimientos puedan convivir con el Estado trasnacional. Son reformas, es cierto, pero funcionales y del capital trasnacional y de sus socios.

Para González Casanova el comportamiento del aparato trasnacional nunca es ortodoxo. Funciona en cada país según las circunstancias; con flexibilidad y pragmatismo.

Contribuciones a la teorización (Aportaciones de las experiencias de cada país)

Son muy ricas las aportaciones que cada país latinoamericano proporciona con sus respectivas experiencias. Obviamente, por razones de espacio, aquí sólo mencionaremos algunas de las que estudia González Casanova en su ensayo.

Uno de los peligros a los que se enfrenta la sociedad cuando un ejército tiene tras de sí la agobiante presencia de los Estados Unidos y cuando un partido dura muchos años en el poder, es que tal ejército se confunda, pierda su propia identidad —se considera a sí mismo

subordinado del imperio— y llegue a concebirse como el brazo armado de ese partido. Así sucedió con la República Dominicana donde "los cuarteles se convirtieron en una prolongación del partido del gobierno" y en Uruguay, pues los militares se sentían el contingente armado del Partido Colorado que duró 93 años.

Desde un régimen militar, el tránsito hacia la democracia únicamente será efectivo si conlleva un cambio en las estructuras. Si se da bajo un pacto o acuerdo, las fuerzas armadas mantienen un poder de veto. En Argentina y Brasil se ha demostrado.

Puede darse el caso de que bajo un gobierno elegido democráticamente sean los militares quienes detentan las posiciones estratégicas, como en Guatemala; o incluso que el ejército mantenga una omnipresencia aun con un gobierno un tanto populista, como el de Alan García en Perú. Para ilustrar lo anterior, baste decir que el 40% del presupuesto nacional peruano es para la defensa; que el ejército legisla sobre el ejército y, mediante una ley, desde 1986 el golpe de Estado se vuelve constitucional dadas las funciones asumidas por el Consejo de Defensa Nacional.⁴

Exterminar a los aparatos represores no implica terminar con las dictaduras. Sin transformaciones en el Estado no hay cambios cualitativos ni en el bloque de poder ni en la política. Esta es la experiencia de Haití.

México cuenta con unas fuerzas armadas que inmersas en un esquema corporativista difunden su lealtad a las instituciones, empezando por el presidente de la República que es su jefe supremo. En nuestro país la articulación entre ejército y gobierno es tal, que los civiles de la clase

³ En el esquema neoliberal a los factores productivos se les elimina su connotación político-social; se habla de capital y trabajo y no de capitalista y trabajador.

⁴ Ver p. 26.

⁴ Para ampliar este caso véanse pp. 49-53.

política tienen una cultura militar y los militares una cultura cívica. Bajo un nacionalismo acendrado las fuerzas armadas diseñan una concepción propia de seguridad nacional, que es una combinación de síntesis histórica, reconocimiento de capacidad militar y geopolítica. Esta concepción se basa "en el supuesto de que la única estrategia que le permitiría (al ejército) enfrentarse a un enemigo externo sería la de la "guerra popular" en que las fuerzas armadas deberán desempeñar funciones de organización y armamento de las fuerzas populares".⁵

Por razones obvias Cuba y Nicaragua presentan una relación muy diferente con sus militares en comparación con el resto de América Latina. Rompieron su lazo con el Estado trasnacional y lo enfrentan. A treinta años de la revolución el Estado Cubano es invulnerable. En Cuba, señala muy claramente el autor, la sociedad civil se articula al Estado y la política a las

⁵ Ver p. 69.

Abramson, Paul R.: *Las actitudes políticas en Norteamérica*, Traduc. Antonio Bonanno, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1987, 394 pp.

Esperanza Amenyro Figueroa

Este libro constituye una magnífica investigación que permite conocer el proceso electoral en Estados Unidos. Da cuenta de la conducta de la sociedad norteamericana a través del voto, enfatizando en este sentido sobre

fuerzas armadas. La defensa fundamental cubana es el pueblo armado. En Nicaragua, por su parte, el ejército sandinista se identifica con el pueblo y su complejidad radica en que es una organización de amplia participación popular que domina su territorio y está armado para defenderlo. De ahí que para que sean vencidos por el embate norteamericano, sea necesario que generen divisiones internas entre la dirección revolucionaria y de ésta con el pueblo.

Perspectivas de la democracia y la participación de las fuerzas armadas

Construir un Estado democrático requiere que éste sea también un Estado antigolpe.⁶ Lograrlo implica enfrentar y vencer al

⁶ Esencialmente, en la interpretación de González Casanova, un Estado antigolpe es aquél en el que el presidente está estrechamente vinculado con el gobierno; el gobierno está vinculado con el Estado y el Estado con la sociedad civil. En consecuencia, un Estado que favorece el golpe es aquél donde existe separación entre presidente y gobierno, gobierno y Estado y, entre el Estado y la sociedad civil.

los cambios que se han dado en cuanto a actitudes políticas en las últimas dos décadas.

El autor, para su análisis, divide el contenido del libro en seis grandes partes con 17 capítulos en los cuales desarrolla el estudio

Estado trasnacional. En la exposición de González Casanova las condiciones de triunfo dependen de: *a)* un cambio en la formación de los militares; *b)* de coaliciones de poder surgidas de movimientos revolucionarios y democráticos que se planteen la reestructuración del sistema político y del Estado; *c)* de luchas democráticas simultáneas en varios frentes del sistema trasnacional y, *d)* de una política internacional latinoamericana que diseñe una estrategia de seguridad nacional e internacional en la que la vanguardia estratégica y táctica, tanto en la defensa como en el desarrollo económico, sean las fuerzas populares y democráticas.

En la construcción del Estado democrático será prioritario redefinir el papel de las mediaciones y las alianzas entre partidos-sindicatos, partidos-ejército, sindicatos-ejército y ejército-autoridad. El problema de fondo no es sustituir regímenes castrenses por civiles, sino sustituir núcleos de poder por otros. Sustituir los núcleos donde las empresas trasnacionales son el eje por otros núcleos donde el centro sea el pueblo.

de los procesos electorales por cuatrienios, de 1952 a 1980 mediante la revisión de propuestas autorizadas en política electoral que sirven de sustento a la investigación, así como métodos y técnicas estadísticas de medición